

Guillermo Alonso Pujol

## Declaraciones del doctor Guillermo

### Alonso Pujol, presidente del Senado

Quiero ratificar una actitud que no he abandonado en ningún instante; mi respeto por la altísima figura de Wifredo Fernández. Este culto no es de fecha reciente. Cuando las pasiones desencadenadas, en la etapa trágica que siguió al 12 de agosto, se hacían violencia y condenación insensata sobre Wifredo Fernández, yo destacué, justificadamente, sus esfuerzos. En 1934, en compañía de fieles amigos, visité su tumba en Consolación del Sur, poniendo en ese peregrinaje la más noble exaltación. Es del propio año aquel manifiesto del General Menocal que convidaba a los cubanos a serenar las tempestades y que pugnaba por la justicia sin cólera. Fui ponente de ese documento que abrió nuevas rutas en la política cubana, y entonces, como he hecho siempre, busqué en la obra periodística y parlamentaria de Wifredo Fernández, sus tesis que no perdían fuerza, sus pensamientos que siempre conservaron nobleza. Desde mis años universitarios aprendí a poner admiraciones ante la tarea intelectual de Wifredo Fernández, y a partir de 1935, cuando tantos lo negaban, cuanto tantos le imputaban errores, cuanto tantos, como mi opositor, se entregaban a los empeños de las prescripciones y de los ostracismos, en todos mis artículos, en todos mis trabajos, en todos mis pronunciamientos responsables — puesto que la responsabilidad y no el decir irreflexivo o sin causa ha de ser la compostura del hombre público—yo he ido al pensamiento de Wifredo Fernández para encontrar en sus palabras verdades y limpiezas. No hay un solo documento político mío que no contenga una cita del ilustre periodista, una referencia a sus juicios, y no para imputarlos, sino para recogerlos como lección previsoras y patrióticas. Intelectualmente, políticamente, la figura de Wifredo Fernández entra por mucho en mis mejores fervores. Yo, que fui a su tumba, en peregrinación doliente, no podré nunca apoderarme de su sombra, para lanzar desde ella imputaciones falaces. Quede firme constancia de mi respeto a Wifredo Fernández y a sus familiares, que guardan el más noble de los recuerdos en el santuario del hogar.

He narrado la detención de Wifredo Fernández. Ratifico, en este punto, todo lo que dije en mi carta,

porque es lo cierto. Los dignos familiares de aquel gran cubano tienen una parte de la verdad. Yo la poseo entera por el relato que me ofreciera de aquella página de nuestra historia su autor mismo, el señor Carlos Saladrigas el que firmara un pasaporte como Secretario de Estado e inmediatamente, como sectario, realizara la denuncia. Este aserto que ratifico no es un secreto ni constituye propósito rencoroso de mi parte. La verdad del hecho, desde hace tiempo, la conocen muchos: altos representantes, distinguidos elementos revolucionarios, personalidades respetables de la mayor solvencia moral, que fueron amigos de Wifredo Fernández, y, precisamente, lo acompañaron en aquel instante en que se luchaba por salvarle la vida. He expuesto una certeza; pero soy el primero en inclinarme respetuoso ante el nobilísimo reclamo de su distinguida familia, porque si durante toda mi existencia he tenido el fervor por la actividad fecunda de Wifredo Fernández, quiero una vez más dejar mi ofrenda de respeto ante su memoria.

Algunos correligionarios de mi contrincante deploran y muestran desagrado por mi actitud. Examinense las colecciones de algunos periódicos a lo largo de estos últimos dos meses. Se verá entonces que he procedido en estricta legítima defensa. Se comprobará entonces que a mis impugnaciones de carácter político responsable, hechas a plena luz, se respondió con ataques en la sombra, con la organización de lo torpe y de lo difamatorio. He salido al paso de ese asalto turbio, porque rechazo a los que no tienen autoridad el afán de especular con mi silencio, porque sobre mi dignidad no admito ningún quebranto, porque sobre mi decoro nadie ha de pasar.

En mi carta censuré ese terco denigramiento que ha penetrado en la vida cubana y que no se detiene ante ningún límite. He abogado siempre por el debate elevado, por la controversia juiciosa; pero no es a mí a quien puede acusarse de movilizar campañas mezquinas, de desgarrar la honra ajena, de mancillar y degradar sin tasa ni medida. Esos reproches o esos consejos diríjanse a los que son culpables de esas inferiorizaciones.

Guillermo Alonso Pujol.

0060144

Am. Pujol 24/43

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DE HISTORIADOR DE LA HABANA